

Wikileaks: la revolución está siendo televisada *

Víctor Sampedro Blanco **

Wikileaks, nuevo medio de comunicación global, ha venido para quedarse. Wikileaks, constituido y alimentado por las nuevas generaciones de internautas, puede no sólo denunciar, sino esclarecer las trampas y los intereses ocultos de las ciberguerras contemporáneas; puede regenerar y poner en su lugar al cuarto poder, la prensa, posibilitando un nuevo ecosistema informativo y puede, finalmente, regenerar la democracia.

La revolución está siendo televisada, pero la audiencia ya no se queda frente al televisor. Ha penetrado en él gracias a otras pantallas digitales. La ciudadanía empode-

* Las afirmaciones vertidas se sustentan en los trabajos académicos accesibles en www.victorsampedro.net. En concreto se citan argumentos y datos del libro *13-M, multitudes on line*, Madrid: La Catarata, 2005, y «Conspiración y pseudocracia. O la esfera pública a cinco años del colapso del 11-M», en *Viento Sur*, n.º 103, 2009. Las referencias a la actualidad del caso Wikileaks y sobre Julian Assange provienen de numerosas fuentes documentales, accesibles en la etiqueta «Wikileaks» del blog colectivo <http://propolis-colmena.blogspot.com/>

** Catedrático de Opinión Pública y Comunicación Política. Universidad Rey Juan Carlos de Madrid. Contacto: victor.sampedro@urjc.es

rada en la Red se transforma en público, un agente autónomo que quiere ser protagonista de la información y, por tanto, de la democracia. Wikileaks ha venido para quedarse. Las filtraciones de los Papeles de Irak y Afganistán y el Cablegate de los despachos diplomáticos de EE.UU. marcan un antes y un después en la reconfiguración de nuestras esferas públicas. La década que tenemos por delante será decisiva. Si no comprendemos la trascendencia de este momento de inflexión, si abrazamos los discursos falsos y falaces que se han proyectado sobre Julian Assange y su equipo, menospreciaremos su potencial emancipatorio. Quienes más hablan de Wikileaks son, precisamente, quienes están siendo cuestionados por su proceder. Las corporaciones, los gobiernos, los ejércitos, los periodistas y la judicatura han sido puestos en solfa por un grupo de hackers y los activistas que les apoyan.

El sistema de representación institucional de nuestras sociedades ha entrado en una crisis paralela a la económica. De hecho, afrontamos una crisis sistémica: una crisis de control típica de los momentos iniciales de una nueva tecnología de la comunicación. Ésta, al principio, supera las capacidades de los estados y los mercados

para regularla, al tiempo que innova cómo nos comunicamos y creamos nuevas comunidades. Ocurrió con el vapor y el telégrafo. Los desplazamientos más largos y veloces, unidos a la capacidad de comunicarse a distancia y de forma anónima, hicieron posible el resurgimiento de las prácticas de piratería y de comunidades libres en la frontera. Resultaba sencillo cambiar el rumbo de los barcos, desembarcar mercancías en otros puertos que no eran el de destino y notificar después un percance inventado para justificar la pérdida de la carga. Era posible convocar a nuevos colonos, establecer asentamientos y reafirmar credos comunitarios al margen, en los márgenes de los estados. Desde la propiedad corporativa hasta los regímenes políticos las configuraciones sociales existentes fueron cuestionadas y remodeladas.

Las nuevas generaciones, los nativos digitales que han nacido con Internet, son los piratas y los comunitaristas del siglo XXI. Han cobrado autonomía en la Red de Redes. En realidad, la han creado. Ellos son los verdaderos «creadores», aunque ahora no sean reconocidos como tales, sino coaccionados y reprimidos. Pero su resistencia y capacidad de respuesta no es poca. Amenazados por la Ley Sinde en España, lograron

bloquearla en su primera tramitación parlamentaria y abrieron un debate sin precedentes. Generando flujos de información autónoma, cooperativa y de distribución libre los hackers han construido Wikileaks, que puede considerarse el primer medio de comunicación global. Acosados por el Pentágono y China mantienen sus servidores activos. Al ser bloqueados económicamente por los sistemas de pago electrónico, sus seguidores tumbaron las webs de las principales tarjetas bancarias del mundo. En Europa y Egipto, las democracias y las autocracias detienen a jóvenes que han permitido que sus ordenadores sean usados por grupos anónimos en prácticas de ciberactivismo. Pero desde las pantallas saltan en forma de cibermultitudes a las plazas y las calles. Se lo saltan todo. Se vanaglorian de hacerlo. Persisten en intentarlo.

Frente a este potencial, las democracias occidentales (y sus remedos autocráticos) han respondido con tres discursos falsos y falaces. No sólo carecen de veracidad, sino que nos instalan en la mentira. Y sus consecuencias son letales, en términos de autonomía personal y colectiva. Las interpretaciones más asentadas sobre Wikileaks la presentan como una forma de *ciberguerra*, el inicio de un nuevo *eco-*

sistema informativo y una suerte de *guerra política*. Intentaré demostrar que estas tres etiquetas, en su aplicación más extendida, nos abocan, no sólo a la ignorancia de lo que (nos) está pasando, sino a la inactividad. Y, lo que es peor, perderemos la oportunidad de defender nuestros márgenes de acción ciudadana.

1. Ciberguerra. Wikileaks, el 11-M de la diplomacia

Esta fue, quizás, la primera expresión que usted leyó sobre el Cable Gate de la diplomacia estadounidense. Dentro del discurso de la Guerra Global contra el Terrorismo, toda disidencia digital es tachada de ciberterrorismo, sospechosa de serlo o de llegar a convertirse en ello. Así lo vocea la nueva derecha neoconservadora que en Italia, EE.UU. o Canadá ha pedido perseguir judicialmente a Assange, procesarle por delitos de terrorismo e incluso matarle.

Pero igual que en las calles de Túnez y El Cairo no hubo células fundamentalistas liderando las protestas, tampoco Wikileaks muestra objetivos bélicos claros de una supuesta Guerra Global. Al contrario, sus críticas alcanzan tanto a los estados que EE.UU. califica como «delinquentes» (Irán y Venezuela,

por poner dos ejemplos) como al Pentágono y sus aliados en las «guerras humanitarias». El propio Pentágono reconoce que no le constan víctimas de sus tropas imputables a las filtraciones. Tampoco las tácticas son propias de la ciberguerrilla: los hackers no enviaron virus ni troyanos para inutilizar servidores u ordenadores personales. No atacaron (más bien, miles de visitantes *atascaron*) las webs de Paypal, Mastercard o Visa cuando iniciaron el boicót corporativo a Wikileaks, no antes.

Hay otra lectura. La generación Wikileaks ha desvelado la verdadera naturaleza de «las guerras humanitarias» y, como dicen ellos, «el sistema de fraude informático que las sostiene». Denuncian que la etimología de «humanitaria» no proviene del concepto de los derechos humanos, sino de «inhumare»: enterrar, en latín. Enterrar las cifras de las víctimas no oficiales. Sepultar los derechos civiles con protocolos bélicos que no distinguen entre objetivos militares y civiles, periodistas y combatientes, interrogatorios y torturas, campos de refugiados y campamentos subversivos. Assange y sus colaboradores han desvelado las armas de fraude masivo que justificaron las peores respuestas al 11-S en EE.UU... y al 11-M en España.

El resultado de imponer a Wikileaks la etiqueta de ciberguerra o ciberguerrilla es uno. Ya lo conocemos. En los medios convencionales se instala el discurso del miedo y el silencio. Las verdaderas agendas de gobierno se blindan en el oscurantismo de las burocracias diplomáticas y bélicas, que despliegan un doble lenguaje. Porque, a pesar de presentarse como lucha por la democracia o diálogo de civilizaciones, se impone la geopolítica del realismo duro: unilateralismo con doble vara de medir, vulnerando el derecho internacional con guerras no declaradas o ilegales. Mientras que en el plano doméstico se violan los derechos humanos y civiles de los «no nacionales», se aplica con creciente normalidad la censura y la tortura a la disidencia, justificándolas con el decreto de un estado de excepción (alarma) permanente.

Recuerden hechos próximos y otros ocurridos apenas hace siete años, cuando mataron a casi 200 ciudadanos en Madrid e hirieron a 1.500 familias. En las 72 horas previas a las Elecciones Generales de 2004 se impuso el miedo y el silencio. Entonces, la gente «filtró» las informaciones extranjeras sobre los atentados del 11-M, vistas en las teles por satélite o Internet. Las compartió en foros y blogs. Identificó las deficiencias de la in-

formación nacional controlada por el Gobierno. Y, finalmente, se autoconvocó el 13-M en las calles para denunciar la mentira oficial. Siete años después, los cables de Wikileaks y las imágenes en directo de Al Jazeera encienden a las cibermultitudes del Magreb y Oriente Medio. Como en 2004, un tejido social, previamente movilizad, cobra visibilidad gracias a las tecnologías digitales. Esquiva los controles estatales y corporativos, accediendo a la esfera pública sin mediadores. Adquiere cohesión y expresa una oposición interna que parecía inexistente. Se articula en ámbitos autónomos de debate y movilización. Finalmente, se proyecta en otras redes. Teje alianzas con otras opiniones públicas extranjeras o en el exilio, que le sirven de altavoz y escudo.

Son los públicos: el Pueblo, antes llamado audiencias y votos. En la Red han cobrado identidad, se han dotado de sistemas colaborativos basados en la reciprocidad, han formado comunidades autónomas y han garantizado, hasta ahora, el acceso neutral a Internet. Los cables de la embajada norteamericana sobre la Ley Sinde intercambiados con la Ministra de Cultura y que filtró Wikileaks, señalan la guerra real: quién la lleva a cabo (gobiernos nacionales en nombre de transnacionales) y a fa-

vor de quien (la industria y los «creadores», frente a la cultura y los «consumidores»).

Ningún gobierno proclama ahora que la mejor ley de prensa es aquella que no existe. Lo que denota que antes no la necesitaban. No era precisa. Los centros de poder estatales disponían de las corporaciones mediáticas para actuar como brazos informativos, convertidos ya, como los gobiernos, en extensiones del poder financiero. El periodismo de las fuentes oficiales actuaba como correa de transmisión de la desinformación. Quizás se entienda ahora el fin último que persiguen las regulaciones de Internet en marcha. Quieren poner fin a la neutralidad (iguales condiciones de acceso para todos). Imponen la coerción o reprimen el intercambio gratuito de archivos (el P2P, el eMule, «la Mula», de dónde nos bajamos películas y música, vamos). Suspender las garantías procesales para cercernar el derecho de expresión. En suma, persiguen destruir nuestros ámbitos de auto-organización y movilización telemáticas.

Quede claro, pues, quién está en guerra y la practica. Quede claro quién ataca y quién despliega prácticas solidarias, de autodefensa y resistencia noviolenta. Identifiquen con claridad quién está defendiendo lo que es suyo, la Red,

porque la ha creado. Identifiquen a quienes detentan las armas de destrucción masiva y discursiva. Inutilícenlas: filtren sus objetivos últimos, las víctimas negadas, la escalada totalitaria.

2. Nuevo ecosistema informativo

Frente al Armagedón que domina el discurso ciberbélico, otros optan por instalarse en el Edén. Al pesimismo tecnológico le sucede un buenismo de tintes ecologistas. Pronostican algunos cómo a partir de ahora aumentará la biodiversidad informativa y disfrutaremos de una oferta ilimitada (en número y variedad) de nuevos medios. Pero la ecología científica se sostiene en la cadena trófica. *¿Quién come a quién?* es la pregunta relevante. Y la respuesta inevitable señala que los grandes depredadores evolucionan o se extinguen.

Se equivocan quienes creen que Wikileaks se plegaba a los grandes medios internacionales cuando acordó con ellos el tratamiento en exclusiva de las filtraciones. Al contrario, *The Guardian*, *Le Monde*, *Der Spiegel* y *El País* han mostrado, ante todo, su dependencia de las comunidades libres de internautas para obtener documentos secretos. Se han encontrado con la necesidad imperiosa de contar con infor-

máticos externos para tratar las bases de datos. Si esta dinámica continúa deberían extinguirse los grandes saurios subvencionados con impuestos y tratamiento fiscal o financiero excepcional, costeados con propaganda institucional y corporativa, con fondos reservados... con fondos de reptiles. Alguno de los medios citados ha llegado a doblar su ventas con las filtraciones. Pero los recortes de sus plantillas siguen a la orden del día. No parece que hayan entendido que la credibilidad, sustento básico del periodismo, residen en el capital humano y no en la cotización bursátil del grupo mediático.

La crisis económica desatada en 2007 tiene su paralelo en el subsistema político-informativo que la alimentó. Ahora asistimos a cómo los grandes escualos de las tarjetas de pago nada pueden hacer contra las multitudes de placton que acudieron en masa para contra-atacar el boicot a Wikileaks. Su doble fila de dientes resulta inservible ante los cientos de servidores que copiaron los archivos, o los chavales de Anonymous que después de bloquear Visa hicieron lo mismo con las webs gubernamentales egipcias. Incluso dieron acceso gratuito a Twitter a los egipcios que, aún con Internet cerrado, podían acceder a través de una línea telefónica de voz.

Aunque los grandes medios que pactaron con Wikileaks celebran haber demostrado que todavía ocupan un lugar central en nuestros sistemas mediáticos, se saben amenazados. Por los ERE y las suspensiones de pagos; pero también porque el periodismo convencional ha acabado atrapado en tres formatos casi hegemónicos: la banalidad, la publicidad corporativa y la propaganda gubernamental. El infoentretenimiento aleja a los públicos más activos, aquellos que fueron origen y destino del periodismo moderno. La publicidad identifica participación pública con el consumo. Y para la propaganda política, la actividad política se reduce a votar. Nada o bien poco de esto puede interesar a quienes han creado medios y contenidos propios en la Red. A quienes están tan precarizados que el consumo no puede ser una vía de reconocimiento social, sino una forma de exclusión. Nada interesan las campañas electorales a quienes constatan la escasa capacidad de sanción política que ejercen desde las urnas.

Los nativos digitales se reivindican como fuentes y receptores primeros de datos. Sin intermediarios. Demuestran ser capaces de elaborar los contenidos multimedia de la web 2.0. Abren nuevos debates y argumentos. Y, final-

mente, tejen movilizaciones de forma descentralizada, sin centro dirigente que les dé principio y fin. A los nuevos activistas poco les interesan los medios convencionales porque, en el fondo, representan intereses antagónicos. Los reality-shows, las noticias mercantilizadas y la (des)información electoral nada ofrecen para oponerse a la precariedad laboral y la estigmatización política que sufren las nuevas generaciones.

Frente a ellos, como especies en peligro que son, los grandes medios se refugian en el secretismo: no han aclarado a fondo los términos de sus acuerdos con Wikileaks. No han liberado los cables después de informar sobre ellos, tras cobrarles a sus lectores la exclusiva. No han respaldado a Assange frente a las acusaciones judiciales, con indicios sólidos de ser un montaje. No está claro si las relaciones entre hackers y medios convencionales tendrán una naturaleza simbiótica o parásitaria. No sabemos aún quién será la rémora, retomando el símil de los tiburones. Por de pronto, parecen haberse distanciado y Assange haber decidido replantearse sus relaciones de comensalismo mediático; por ejemplo, cortando la colaboración con alguno de sus aliados más estables; en concreto, *The Guardian*.

La mejor prueba del miedo que sacude a los medios corporativos es que no se hacen eco de otras iniciativas periodísticas que han surgido en colaboración con los internautas. Nuevos formatos informativos han nacido de la interacción entre públicos, reporteros, programadores y comunidades telemáticas. En lugar de seguir pendientes de su cotización en bolsa, las corporaciones mediáticas debieran estar trabajando en la estela del periodismo del siglo XXI. Algunos ejemplos, que nos están siendo escamoteados, son, por ejemplo, ProPública: fundación independiente sin ánimo de lucro que financia a un equipo de prestigiosos periodistas de investigación. Sólo opera en Internet, recurre a fuentes no oficiales y colaboraciones ciudadanas, y ya cuenta con dos premios Pulitzer. O Spot.us, donde los periodistas piden a los internautas que costeen con microaportaciones sus reportajes de investigación... O los seminarios que la fundación de software libre Mozilla realiza en algunas redacciones, para enseñarles cómo procesar y visualizar enormes bases de datos digitalizados.

Assange reivindica que Wikileaks hace «Periodismo científico» porque ofrece los datos y documentos originales que permiten la constatación empírica de su veracidad por

el público. Pero la propuesta va más allá. Coloca a las fuentes anónimas, a la gente de a pie, en el inicio de toda noticia. Y en su destinatario último, al saltarse o denunciar la falsedad del discurso oficial. En suma, recupera (al tiempo que su mera presencia se convierte en denuncia de los medios convencionales) el principio fundacional del periodismo: ejercer como el cuarto poder que no quiere poder. Reintroduce, en fin, la realidad que destruye los discursos y pensamientos únicos. Y lo hace para que el poder sea en verdad democrático: receptivo a las demandas ciudadanas, fiscalizable y removible.

Las anchoas nunca devorarán al tiburón azul; pero los escualos tampoco pueden atrapar el placton. Todo indica que los grandes medios sobrevivirán en la medida que se reestructuren, cambiando sus relaciones de dependencia con las estructuras de poder. Sus únicas vías de supervivencia residen en potenciar el protagonismo de sus públicos, mantener relaciones cooperativas con las comunidades de expertos y activistas e integrar a los programadores en sus plantillas. Por lo que les toca, los nuevos periodismos habrán de probar su viabilidad, no sólo económica, sino en términos de eficacia democrática.

La ideología de la transparencia que esgrime Wikileaks ofrece no

pocas fisuras. Para empezar, toda institución (o, para el caso, persona) resulta inviable si habita en una casa de cristal. El secreto institucional y la intimidad del individuo también son fuentes de autonomía, garantías de supervivencia. Por otra parte, la exposición pública del fraude, la injusticia o la incompetencia no contribuye, por sí misma, a ponerles fin. Ni siquiera conllevan un castigo, sobre todo, si se produce en medio del descrédito generalizado. Véase, si no, el casi nulo efecto electoral de los escándalos periodísticos sobre corrupción inmobiliaria en España. Filtraciones ingentes, sin contraste ni tratamiento institucional, generarían una saturación de datos y denuncias. Podríamos desembocar en una esfera pública en la que los rumores alimentasen sólo el escepticismo y la impotencia de los públicos. Sería el peor escenario: instituciones aún más deslegitimadas y gobernados que se sienten aún más innanes. El Poder seguiría, si cabe con mayor impunidad, instalado en las manos oscuras (invisibilizadas, que no invisibles) de los mercados y autócratas.

3. Guerra política

Un tercer planteamiento muy difundido para entender Wikileaks consiste en situarla inmersa en

una guerra política. Si asumimos los términos del neoconservadurismo o la vieja izquierda que despliegan este argumento, nos equivocaremos. Los primeros imputan a Assange comportarse como un anarquista destructivo o un nihilista que quiere hundir la democracia. Su inconsistencia es tal que presupone que el pensamiento libertario se reduce a la demolición, sin ofrecer apertura emancipatoria alguna. Da por sentado que Túnez y Egipto son auténticas democracias y España o EE.UU. la plenitud del modelo. Ante tamaños despropósitos, resulta superfluo desmontar esta versión cibernética de Wikileaks como una Al Qaeda laica y ácrata.

Más peligrosa, si cabe, resulta la autodenominada crítica de la izquierda ortodoxa. Los neoconservadores despiertan la aversión hacia Assange entre la burguesía y las clases medias. Y algunos supuestos «críticos» cultivan el desánimo entre las fuerzas sociales transformadoras que dicen representar.

James Petras, por ejemplo, ha denunciado que Wikileaks está inmersa en una «psiop» del Pentágono; que así desplegaría una guerra mediática o una operación global de control psicológico. Las filtraciones servirían para tapar otros desmanes de E.U. Haciendo-

nos hablar, por ejemplo, de ETA y las FARC en Venezuela, nos olvidaríamos de indagar la participación española en el golpe de estado organizado contra Chaves. Pero los hechos desmienten las visiones conspirativas que achacan un sesgo pro-americano a Assange. La «ciberguerra sionista», que Hans Dieterich denunciaba (porque no había filtraciones sobre los asesinatos por al CIA de científicos nucleares iraníes), es negada por el papel de Wikileaks y sus seguidores en las revoluciones de jazmín que sacuden los regímenes árabes subsidiarios de Europa y EE.UU.

La imagen de Assange, siguiendo vía Internet las revueltas de Alejandría, que rescato de una entrevista, resulta sugestiva. Remite a Alejandro Magno y nos regresa a la iconografía bélica. Pero no encaja en críticas como la de M. Chossudovsky. Este economista canadiense señala que los objetivos prioritarios de Assange son los regímenes totalitarios de Asia (China) y Oriente Próximo (Irán). Lo señala como reproche, porque en los términos de la Guerra Fría que cierta izquierda aún no ha abandonado, un capitalismo de estado como el chino y una teocracia como la iraní no deben criticarse. Por dos motivos, porque sería hacerle el juego a EE.UU. y porque,

aunque no se diga, consideran que EE.UU. no es más democrático que China. La generación Assange no compra ese discurso.

El líder de Wikileaks ha demostrado ser bastante transideológico, su libertarismo podría deberse a sus orígenes familiares (progenitores hippies y antecesores paternos chinos), sus lecturas (leyó con fruición a los represaliados por Stalin) o su formación autodidacta (su escolarización nunca fue plena y se completó en las comunidades hacker). Todos esos rasgos, unidos a su condición de apátrida, le convierten en un icono de Internet. Si la Red de Redes fuese un joven adulto, tomaría la forma Assange. «No trabajamos para los estados, y menos para sus ejércitos». «Estamos con las víctimas civiles, por eso somos una asociación potencialmente victimizable». Estas afirmaciones explican por qué Internet está siendo crecientemente censurado en China, Irán, Egipto, EE.UU... España. Assange, como la Red, es transnacional: las fronteras ideológicas de la Guerra Fría resultan irrelevantes.

El propio Chossudovsky acepta que Wikileaks también persigue «hacer más democráticos y transparentes los regímenes políticos y económicos de Occidente». E, incluso, pide apoyo social para blindar a Assange frente a los intentos

de detenerlo y juzgarlo. Lo que no alcanza a percibir la izquierda ortodoxa es que la lucha política de Wikileaks denuncia la deformación de las democracias burguesas y populares surgidas tras 1945. El colapso del socialismo de estado en 1989 sólo ha dejado como modelo (y aliado) de las revoluciones en el Sur a China; que también corre el riesgo de erigirse en paradigma de desarrollo económico frente a la crisis de Occidente. El gran Gigante ha pasado a representar la distopía más terrible, aquella en la confluirían los regímenes político-económicos actuales. Tras el pensamiento único, un único régimen: el capitalismo de estado (propietario o financiador de empresas y finanzas) sin libertades civiles. Un modelo eficaz y eficiente de régimen despótico instalado en la mentira y el secreto.

Quizás ahora sí podamos hablar de Wikileaks en términos políticos que, tomados en serio, se nos presentan como revolucionarios. Assange y su constelación de colaboradores denuncian la conversión de la democracia (ya sin adjetivos) en *pseudocracia*: el gobierno de la mentira (pseudo, en griego). Un modelo que se justifica y presenta como *securocracia*: el gobierno que recorta la libertad en nombre de la seguridad. El miedo a la libertad es su esencia fundacional.

El totalitarismo su unidad de destino universal.

En lugar de conspiraciones (inicio de todo pensamiento totalitario) quizás debiéramos defender las posibilidades, aún ciertas, de mantener una esfera pública digital que, en gran medida, aún es creación de la ciudadanía. Bien podríamos invocar el mito democrático (sí, mito) de que los gobernados son el primer origen y el destino último del periodismo. Y que, por tanto, el Pueblo precisa conocer los datos necesarios para decidir sobre el destino colectivo con medios autónomos, descentralizados y neutrales (insisto, con iguales condiciones de acceso). Este programa político se cantó en Woodstock y fue invocado ante las instituciones cuando se publicaron los Papeles del Pentágono sobre secretos militares de la guerra en Vietnam. Y ello a pesar de que sus efectos inmediatos fueron aún menores que los de Wikileaks hoy. Apenas un año después de su publicación, EE.UU. invadió Camboya y no impidieron que Nixon recibiese el Nóbel de la Paz.

Lo que importó en los 70's del siglo XX –e importa en los 10's del siglo XXI– es que los sectores más movilizados de las nuevas generaciones creyeron que podían cambiar el mundo. El Watergate fue consecuencia de aquellos Papeles

del Pentágono, porque muchos jóvenes reporteros pensaron que era factible y, aún más, necesario derribar «al hombre más poderoso del mundo». Constatar el apoyo de Daniel Ellsberg y Noam Chomsky, responsables de la filtración del Pentágono, a Assange le confiere credibilidad y subraya una línea de continuidad desdibujada a propósito en el discurso público dominante. Además, reafirma la interpretación de que Wikileaks constituye, ante todo, una llamada a que nos autoconvoquemos como contrapoder democrático. En términos de fábula: es un llamamiento a que nos constituyamos en cibermultitudes que, pasando de la pantalla a la calle y a las instituciones, denuncian al emperador desnudo de turno y respaldan a las nuevas generaciones de activistas que primero mostraron las verguenzas del poder.

El respaldo a Bradley *Manning* (el militar hacker que filtró los cables diplomáticos), sometido desde el verano de 2010 a las condiciones de reclusión de Guantánamo debiera ser unánime. La defensa de Assange y su proyecto debiera mantenerse a cambio de que desvele, hasta donde pueda, sus alianzas y términos de colaboración. Debíamos impulsar y multiplicar Wikileaks en otras instituciones de

alcance internacional (ya existen, por ejemplo, Global Voices, Openleaks, Brusseleaks) y también en el ámbito doméstico o local. Que florezcan proyectos de transparencia y denuncia documental en distintos formatos, en todos los países, en todas las instituciones que gestionan los recursos públicos.

Wikileaks representa un punto de inflexión de la historia y del modo de relatarla en tiempo presente; de la democracia y el periodismo. Para las fuerzas transformadoras y la juventud está ocupando el lugar de la contracultura, la emancipación postcolonial y la izquierda extraparlamentaria iniciadas en los años 60.

Estamos asistiendo a la revolución digital de los públicos más movilizadas en la democracia representativa, precisamente en contra de las mordazas impuestas por sus representantes. Porque Wikileaks evidencia que existe una esfera y una opinión pública transnacionales, transideológicas y de alcance global. Desde ahí una masa civil antimilitarista e insumisa quiere ejercer de contrapoder. Se empeña en destruir armas de destrucción y mentiras de corrupción masivas recurriendo a la transparencia. Ya no miran televisión. La protagonizan. ■